

## 7

Las ráfagas de viento helado procedentes de las montañas azotaban la nieve en polvo que cubría las llanuras al oeste de la ciudad y arremolinaba grandes nubes a los lados de la carretera, entre las precarias aldeas suburbanas y los pinares del puesto de control fronterizo, sobre la pista de aterrizaje militar y la plaza de armas de la Gebirgsjägerkasernen, un complejo de barracones de tres plantas de estuco gris construidos para las tropas de montaña de Adolf Hitler. Los Gebirgsjäger ya no existían: yacían en tumbas, anónimas en su mayoría, que se extendían desde Narvik al Cáucaso pasando por el Monte Cassino, o se hacinaban en los campos de trabajo de Siberia, o fregaban platos y gorroneaban cigarrillos en las cocinas del ejército estadounidense por toda Baviera y Austria; un puñado de afortunados habían regresado a las vaquerías alpinas de las que salieron... pero sus Kasernen seguían estando repletas de soldados, y a las 08.00 horas de esta mañana en concreto, tres días después de Año Nuevo en el que era el invierno más frío que nadie podía recordar, los marcos de las ventanas vibraban al compás de los tambores militares.

Los integrantes del Primer Batallón del XXVII de Infantería de los EE. UU. se disponían a desfilarse, porque se iban; se iban de Salzburgo, la ciudad de las iglesias, la cuna de Mozart, la antigua residencia de los arzobispos más poderosos de Centroeuropa, apagada y muerta tras la derrota pero en su mayoría intacta, serena y austriaca; se iban quinientos kilómetros al norte, a un océano de escombros y hambruna, al bastión conquistado: Berlín.

El grupo de avanzada había partido justo antes de Navidad; el resto del batallón se disponía ahora a seguir sus huellas. Las mochilas de campaña y los petates de lona se habían cargado ya en los camiones, y los camiones se habían aparcado ya en el patio entre los barracones.

La Compañía del Cuartel General estaba en movimiento, desfilando al frente, las banderas al viento, mientras la banda tocaba *California, here I come*; las filas se veían bien alineadas pero aun así varias personas gritaban, como siempre: «¡Mantened la formación! ¡Mante-

ned la formación, por todos los santos! ¡Una vez más!», y las suelas de neolito de sus botas de combate trituraban impasibles la nieve prensada, avanzando hacia la tribuna de honor, donde el comandante general y un puñado de coroneles del Mando de Zona, la mayoría de ellos invisibles casi por completo bajo sus anoraks y sus gafas de sol, aguardaban para recibir el saludo.

Yo estaba en mi puesto, al final del lado derecho de la Compañía Charlie, intentando sostener firme el estandarte pese a los embates del viento. El banderín verde con los rifles cruzados y la C ondeaba y restallaba sobre mi cabeza. Tenía dieciocho años. Me importaba un bledo si estábamos en Salzburgo o en Berlín. Después de doce años de colegio y uno en la universidad, el ejército eran unas vacaciones. Me gustaba: la tumultuosa confusión del centro de recepción, por donde desfilábamos, con paso torpe y la ropa arrugada, frente a veteranos sonrientes que aguardaban en fila el permiso para irse a casa, todos ellos bronceados y con los uniformes recién planchados, cubiertos de galones e insignias de la infantería de combate; el polvoriento verano de adiestramiento básico, los sargentos de entrenamiento marcando el ritmo, las pausadas y monótonas voces de los oficiales de tiro atronando en las sofocantes tardes de Kentucky: «Arriba la bandera... Ondeaba la bandera... Abajo la bandera...»; los trenes, los convoyes de camiones, la tropa vadeando el Atlántico gris como la pizarra, los hombres durmiendo en literas de seis alturas, los hombres vomitando en las letrinas, los comedores e incluso las cocinas; los pequeños remolcadores de Bremerhaven, eructando nubes de hollín mientras el gélido viento de Europa central azotaba el puerto; oír alemán hablado por nativos por primera vez en diez años y verme asaltado de improviso por recuerdos de mi padre; la noche en los reverberantes hangares de hidroaviones de la Kriegsmarine; la noche encajonado en la malla para el equipaje del compartimento de un coche-cama, atravesando el desolador paraje lunar de ciudades devastadas, pasando despacio frente a andenes atestados de personas sin vida en la mirada; por la mañana, la arrebatadora y cegadora belleza de las montañas; incluso, al principio, la embotadora rutina de las tropas de paz, con sus riñas sin sentido y sus listas de turnos, sus noches regadas con cerveza y desaliñadas muchachas con un entusiasmo alimentado por la desesperación, los días de adiestramiento, los turnos de guardia y las marchas polvorientas por los fríos bosques de pinos del Salzkammergut, donde las montañas surgían de verdes lagos sin fondo...

Lo que no me gustaba eran las incursiones. La última había sido

una pesadilla, un cuadro del Bosco. Formar a las tres de la madrugada, munición letal, oficiales del Gobierno Militar, la Policía Militar, la gendarmería austríaca, camiones rugiendo al entrar en uno de los campamentos de refugiados de la UNRRA. Todo el mundo fuera de los camiones, a la carrera. Chapotear por las calles embarradas, embestir contra los barracones de madera, sumergirse en el hedor de personas dormidas hacinadas, humo de carbón y ropa tendida a secar en las vigas, los niños llorando de miedo, los hombres sin afeitarse maldiciendo mientras se levantaban en la oscuridad, los rayos de luz de las linternas, una anciana sin dientes desgañitándose, otra puerta derribada y una bandada de pollos, despiertos de golpe, cacareando, agitando las alas y encaramándose a las camas de un salto, más rayos de luz, un policía austríaco rodando por el suelo, abrazado a un cerdito chillón, el animal zafándose de su perseguidor, colándose debajo de las camas y por la puerta rota, yo corriendo detrás de él hasta lo que parecía un establo, el olor del estiércol condensado, cara a cara de repente con un mayor estadounidense de pelo cano que empuñaba una linterna: «Fíjese en esto, cabo. Tienen una granja entera aquí atrás», pero entonces hombres y mujeres aullando en la puerta, enfrente de ellos un gigante con la cabeza afeitada, los ojos hundidos, la boca llena de dientes de oro.

—¡Du hier ‘raus gehen! —exclamó, blandiendo una pala para el carbón—. ¡Wir waren im Ka-Zett! ¡Du lassen unsere Tiere!

—Prepare el arma —dijo en voz baja el mayor, y metí una bala en la recámara. Los polacos se quedaron parados, pero el hombretón continuaba gritando:

—Ka-Zett Dachau, ¿du verstehen? ¡Nicht geben unsere Tiere zu Nazis!

—Señor, dice que ha estado en Dachau...

—Sé lo que ha dicho. Tranquílcese y apunte esa cosa al techo. —El mayor apuntó con el dedo a los establos, donde los cerdos, las ovejas y las cabras pataleaban y gruñían en la oscuridad—. ¡Nix gut! ¡Verboten!... ¿Cómo se dice «animales robados»?

—Die Tiere sind gestohlen —traduje.

—Tiere gestohlen —repitió con severidad el mayor—. Alles gestohlen.

—Nein, nein, nicht gestohlen —exclamó el hombre, levantando la pala por encima de la cabeza, y detrás de él las mujeres, desgañitándose en polaco y en alemán, empezaron a avanzar a empujones.

—Dispare al techo —ordenó el mayor. Quité el seguro y apreté el

gatillo: el rifle brincó, una explosión ensordecedora, una coz brutal en las costillas, una lluvia de paja y madera procedente del boquete de bordes aserrados practicado en el techo. Los polacos se atropellaban intentando cruzar la puerta todos a la vez, y cuando dejaron de pitar-me los oídos escuché a los animales chillando y revolviéndose en sus establos. Me latía el corazón desbocado y tenía las manos resbaladizas de sudor, pero intenté disimularlo. El mayor me observaba en silencio. Se oyó un fuerte golpe en la otra punta de la cuadra, la puerta se abrió desde fuera y entró un escuadrón de la Compañía Baker, con las bayonetas caladas.

—¿Quién ha disparado? —gritó su teniente, y el mayor se lo dijo. Los hombres adoptaron posiciones alrededor del establo, y a continuación los peones austríacos vestidos con monos blancos empezaron a abrir los compartimentos y a sacar a rastras a los animales rebeldes, que a continuación fueron cargados a la fuerza en un camión propiedad del matadero de Salzburgo.

Me volví hacia el mayor.

—Señor, ¿por qué se llevan su...?

—Porque la gente de la ciudad no tiene nada que llevarse a la boca, y estos polacos reciben alimentos del ejército. No comen exactamente lo mismo que usted, pero parecido, así que no hace falta que roben a los granjeros. No podemos hacer nada si estuvieron en Dachau, debemos esforzarnos por mantener el orden de alguna manera, evitar que la gente se muera de hambre. —De repente parecía cansado—. ¿Sabe alemán?

—Sí, señor.

—¿Universitario?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—Facultad de Harvard.

—Hmm. Mantenga la cabeza fría, cabo. ¿Cómo se llama?

—¡*Coom pañáaaa!* —En la puerta de al lado, la Compañía Barker se había puesto en marcha. Giraron a la derecha, la banda atacó *Goodbye, my Coney Island baby, farewell my own true love* y dos... cuatro... seis... ocho, su estandarte se elevó y dieron un paso al frente, con su capitán pavoneándose frente a ellos como un gallito mientras encaraban la tribuna de honor. La Compañía Baker exhibía no sólo su banderín verde, sino también la bandera del regimiento, la cual había estado —

o eso decían— en Bull Run, en Gettysburg y en Utah Beach. La Compañía Baker ganaba todos los partidos de béisbol y concursos de tiro, no tenía a nadie en los calabozos y desfilaba como los alemanes.

Me importaba un bledo si estábamos en Salzburgo o en Berlín, pero no quería que la Compañía Charlie pifiara esta formación. Por el rabillo del ojo observaba a Mastrangeli, nuestro sargento primero. Hoy desfilábamos sin oficiales. El capitán había sido enviado por adelantado a Berlín, y el teniente McDermott estaba tirado en uno de los carros de munición, borracho. Estaba enamorado de una chica polaca de uno de los campamentos y casado con otra chica polaca en Detroit. No quería irse de Salzburgo. Mastrangeli se había pasado la noche buscándolo, acababa de volver hacía tan sólo diez minutos. Intentábamos cubrir a McDermott lo mejor que podíamos, ¿pero un desfile sin oficiales? No era asunto mío; con que consiguiéramos llevarlo a Berlín...

—¡Compañía C!

La voz de Mastrangeli obtuvo como eco las de los demás sargentos llamando al orden a sus pelotones.

—¡Derechaaaa arrrr!

A mi espalda, con un sonoro chasquido, se levantaron doscientos cincuenta Garands, giramos a la derecha y pude ver al frente, escuché el tambor, contando dos... cuatro... seis... *In Dixie land I'll take my stand, to live and die in Dixie...*

—Avanceeen —aulló Mastrangeli, erigió el estandarte contra el viento, y con la siguiente sílaba la Compañía Charlie emprendió la marcha.

El patio era una cacofonía de motores revolucionados. Una procesión de GMC seis-por-seis cubiertos con lonas, con las luces encendidas en formación de convoy, cruzó la puerta y bajó a la carretera, donde aguardaba un jeep adaptado para el invierno con una bandera roja. El sol brillaba ahora en lo alto, y todo el mundo llevaba puestas gafas oscuras para protegerse del fulgor de la nieve.

El teniente yacía en el suelo del carro de munición, envuelto en un saco de dormir. Le cubría las mejillas una barba de dos días, y tenía los ojos cerrados. Guardé el estandarte enrollado dentro de la camioneta y me volví para encontrarme con Mastrangeli detrás de mí. Cargaba con una papelería llena de diversos objetos, los últimos restos de la sala de oficiales: un montón de informes de la mañana, una cafetera,

una radio portátil, un ejemplar de bolsillo de *La parcela de Dios*. Lo metió todo en el vehículo.

—¿Quiere que conduzca yo, sargento?

Mastrangeli me miró. Las gafas de sol enmascaraban su expresión.

—¿No sabía nada?

—¿De qué?

—Usted no viaja a Berlín. Se queda aquí.

—¿Aquí? —Paseé la mirada por las ventanas vacías.

—No. En la ciudad. No tenía ni idea de nada de esto, lleva toda la semana guardado en el cajón del teniente. Supongo que le cabreó, con lo de su chica y todo eso. —Mastrangeli metió la mano en la papera y sacó un fajo de papeles, que empezaron a aletear al viento. Los hojeó, eligió uno y me lo entregó. Era una borrosa lista mimeografiada de órdenes de ascenso y traslado. Había un nombre dentro de un círculo rojo hecho a lápiz.

El siguiente recluta (1) Transf. inG. de la Co. C 1<sup>er</sup> Bn 27 Inf. APO 541 del MMMMMMMDCCLIII Dest. Gov. Mil. USFA APO 541 (Salzburgo)

Sal. 4 Ene 47 Lleg. 4 Ene 47 (Transp: Ninguno)

ANDERS GRAHAM CABO RA 13242563

—¿Qué significa esto, sargento?

—¿No sabe leer? Significa que vale usted demasiado para la infantería. Lo quieren en el cuartel general, donde podrá desayunar en la cama y pasarse el día persiguiendo a las secretarias. Ya les he dicho que saquen su equipo del camión, está ahí en la acera...

Un jeep se detuvo a nuestro lado.

—Mastrangeli, ¿qué hace aquí este transporte de armas? Se supone que tendría que estar ya en la Landstrasse. ¿Dónde demonios se ha metido McDermott?

—Buenos días, mayor Hotchkiss. Todos listos para partir, señor. El teniente está arriba, en el servicio. Bonito día para viajar.

—Pues suba y dígame que nos vamos. ¡El convoy sale dentro de siete minutos!

La radio del jeep empezó a crepitar: «*Zorro de Cabeza a Zorro Líder, a uno de los seis-por-seis se le ha salido la correa del vent...*» El mayor le dijo algo a su chófer y el jeep desapareció envuelto en una nube de gases y esquirlas de nieve.

—No se dio ni cuenta —dijo Mastrangeli, asegurando la lona a la trasera de la camioneta—. Una compañía desfila sin sus oficiales y él

no se fija. Menudo chupatintas. —Sacó los guantes y se dirigió a la cabina—. Bueno, cuídese, universitario. Supongo que puede ir a la ciudad en autobús.

—Despídase de los muchachos en mi nombre. Y buena suerte en Berlín.

—Ya. Gracias. Bueno, nos vemos. —Mastrangeli escupió en la nieve por acto reflejo. Una pausa—. Lo ha hecho usted bien en la infantería —dijo, sin mirarme, antes de ocupar el asiento del conductor y encender el motor. Dejó que el último de los grandes GMC lo adelantara y luego, sin mirar atrás, se subió al transporte de armas, que atravesó el patio y cruzó la puerta.

# 8

Cuartel general  
Gobierno militar  
Salzburgo, Austria  
MMMMMMDCCLIII Destacamento APO 541

30 de diciembre de 1946

ASUNTO: Informe semanal

PARA: Todos los oficiales de este destacamento.

1. Los informes semanales entregados a lo largo de las últimas semanas son, en su mayoría, insatisfactorios. En la mayoría de los casos es evidente que se ha dedicado muy poco tiempo o esfuerzo a la preparación de dichos informes, lo que se refleja en una falta de claridad de expresión y concisión. Es evidente que muchos informes han sido redactados por personal autóctono, lo que viola numerosas regulaciones aplicables.

2. Estos informes de las distintas secciones constituyen la base del informe que el comandante de área del gobierno militar remite al comandante general de las fuerzas estadounidenses en Austria. Es deseable que cada oficial informe de las actividades de su sección o las del gobierno austriaco bajo su supervisión, así como de cualquier tipo de ayuda o asistencia prestada a unidades del ejército de los EE.UU.

3. No hace falta que los informes sean extensos, pero sí deberían ser claros y concisos. No se entregarán informes del tipo «negativo» o «sin cambios».

4. Los oficiales entregarán sus informes por duplicado en el centro de mensajes antes de las 18.00 horas todos los lunes.

5. Cuando los oficiales informen sobre más de un tema, cada uno de éstos será merecedor de su propio informe. Los informes se numerarán de acuerdo a la siguiente lista:

- |    |             |             |
|----|-------------|-------------|
| 1. | Agricultura | Tte. Porter |
| 2. | Bosque      | Tte. Porter |



3.	Administración civil	Mayor French
4.	Desnazificación	Capt. Tyson
5.	Alimentación	Tte. Porter
6.	Suministros	Capt. Edwards
7.	Comunicaciones	Tte. Fitzpatrick
8.	Comercio e industria	Tte. Fitzpatrick
9.	Asuntos religiosos	Tte. Fitzpatrick
10.	Educación	Capt. Stein
11.	Monumentos	Capt. Stein
12.	Finanzas	Capt. Stein
13.	Trabajo	Capt. Tyson
14.	Justicia	Mayor French
15.	Situación política	Mayor French
16.	Control de la propiedad	Capt. Tyson
17.	Salud pública	Capt. Tyson
18.	Seguridad pública	Tte. Pinckney
19.	Obras públicas	Tte. Pinckney
20.	Transportes	Capt. Edwards
21.	Alojamiento	Tte. Porter

WENDELL F. SLATTERY, JR.  
Tte. Cor. Inf. Comandancia

—¿Tú le encuentras sentido? —preguntó el mayor French mientras yo dejaba las hojas encima de su despacho.

—Sí, señor, supongo que quiere que le eche una mano con los informes.

Eso pareció hacerle gracia.

—Siempre se puede hablar con un tipo de Harvard, pero es mejor no contarle demasiado. ¿No es eso lo que dicen? Siéntese un momento.

Me senté en la dura silla de madera enfrente del escritorio; el mayor se puso de pie, se acercó a una de las grandes ventanas de doble hoja y se asomó a la Residenzplatz, donde unos camiones militares equipados con quitanieves barrían con estruendo las pilas acumuladas durante la noche. Las paredes ennegrecidas por el fuego de la catedral, que formaban el costado derecho de la plaza, estaban cubiertas de andamios: su cúpula, destruida por una bomba americana perdida, estaba siendo reconstruida. Sobre las torres gemelas de la catedral,

muy por encima de la ciudad, se erguía el Festung Hohensalzburg: gigantesco, colosal, un complejo de murallas, almenas y torres grises contra el cielo, el castillo de cuento de hadas de los sueños de cualquier niño, visible a kilómetros de distancia en cualquier dirección, el símbolo de Salzburgo.

—¿Sabe algo de esta ciudad?

—No, señor.

—¿Tiene novia aquí?

—No, señor

Se giró.

—¿Ninguna *Fräulein*? Debe de ser el único muchacho de todo el puesto...

—Bueno, esto... he estado con algunas chicas, señor, pero estábamos en la caserna, había que pedir permiso cada vez que...

—Poco margen de maniobra, me imagino. Pues bien, las cosas serán distintas aquí en la ciudad, y quiero darle una especie de sermón de orientación antes de que aprenda a verlo todo a través de los ojos de una señorita... o de su familia. El gobierno militar es un punto delicado. Estamos algo así como en medio del ejército y del pueblo, y desempeñará su labor mejor si tiene algunas nociones sobre este lugar y lo que aquí acontece.

El mayor French se desabotonó su chaqueta Eisenhower y sacó del bolsillo una cajetilla de Lucky Strikes sin abrir.

—Antes de nada, una lección de historia. —Encendió un cigarrillo—. Puede que ahora esté hecha unos zorros, pero esta ciudad es una de las más hermosas de Europa. Fue un país independiente, en tiempos de Napoleón. Propiedad de los arzobispos, tipos muy poderosos, electores del imperio, lo controlaban todo desde el Danubio a las montañas. Tenían sus propios ejércitos y su propio tesoro. El dinero procedía de las minas de sal del Salzkammergut. La sal valía su peso en oro por aquel entonces. De vez en cuando algún arzobispo perdía alguna campaña o su pueblo se sublevaba y entonces se atrincheraba en esa fortaleza de ahí arriba, pero la mayor parte del tiempo dirigían el cotarro. Con mano firme. Y cambiaron la cara de esta ciudad. Sin ellos, sobre todo Wolf Dietrich, Fyrmian y Paris Lodron, esto habría seguido siendo otra ciudad centroeuropea: todas las casas apiladas, encajonadas entre el río y la fortaleza para protegerse, tejados picudos, callejones tan sucios como estrechos... Pues bien, estos arzobispos habían estado en Italia, habían estado en Roma, y querían algo parecido a una bonita ciudad italiana a este lado de las

montañas, de modo que despejaron unas plazas enormes en el centro de la ciudad vieja... como esa Residenzplatz de ahí fuera... trajeron arquitectos de Italia, de Viena, de todas partes, para construir la catedral y un montón de iglesias...

*¿Por qué me cuenta todo esto?*

—Pero tampoco se limitaron a levantar iglesias. A esos tipos no les preocupaba mucho el celibato sacerdotal; tenían amantes e hijos bastardos, y no se avergonzaban de ellos, les construyeron palacios, de hecho. *Schloss Mirabell*, *Schloss Fyrmian*, *Schloss Hellbrunn*, *Schloss Leopoldskron*, cada uno con su propio parque...

Quiere alguien con quien hablar, pensé. Se ha enamorado de esta ciudad y quiere compartirlo con alguien.

Me contó cómo Salzburgo había sido absorbida por el imperio austriaco, cómo se había convertido en otra aburrida capital de provincia, cómo el redescubrimiento de Mozart había vuelto a situarla en el mapa.

—Al término de la Guerra Mundial... la Primera... algunos vieneses organizaron los festivales, utilizando música de Mozart como núcleo, Hofmannsthal escribió esa moralidad que representan en los escalones de la catedral, Max Reinhardt dirigió todo tipo de obras y óperas, y Toscanini... en fin, que este sitio se convirtió en una floreciente ciudad cultural, al menos durante un mes todos los veranos, de todos los rincones del mundo venían artistas, músicos y visitantes, y entre los lagos y las montañas de los alrededores, surgió una efervescente industria turística.

—Hasta que llegaron los nazis —dije.

—Hasta que llegaron los nazis —repitió el mayor French—. Ya estamos acercándonos a la situación actual, y al motivo de esta charla. Hoy en día la versión oficial es que Hitler invadió Austria, que Austria era un país conquistado igual que Noruega u Holanda. Es una forma práctica de recordarlo, práctica para nosotros y para los austriacos, pero no es verdad. ¿Ve usted esa plaza de ahí, la Residenzplatz? El día que entraron los alemanes, esa plaza estaba atestada... *atestada*... de personas que coreaban: «¡Sieg Heil! ¡Sieg Heil!» Miles y miles de ellas, en la Domplatz, la Residenzplatz y la Mozartplatz. He visto fotos.

Apoyó las manos en el alféizar y guardó silencio un momento, contemplando los camiones que daban vueltas despacio por la des poblada extensión blanca.

—Querían ser alemanes, querían subirse al carro, y lo hicieron. Lo hicieron con los mejores, en París, en Oslo y en Estalingrado, ida y

vuelta. La Wehrmacht, la Luftwaffe, la SS, la Gestapo... todo. Y ahora quieren hacer como si no hubiera pasado nada. Ellos no hicieron nada. Los alemanes les obligaron. —Se dio la vuelta y me miró—. Usted era demasiado joven cuando la guerra, supongo, pero habrá leído algo sobre los campos.

Asentí con la cabeza.

—Pues bien, es verdad. Todo es verdad, no deje que nadie le diga lo contrario. Lo vi con mis propios ojos: Dachau, Mauthausen. Cuerpos apilados como trozos de leña. Esqueletos ambulantes. Indescribible. Y no eran sólo los campos. Aquí mismo en esta ciudad, al doblar la esquina, de hecho, ataron un hombre a una silla y luego hicieron entrar a su hijo de quince años, al que aporrearon hasta la muerte mientras su padre lo veía todo. Después soltaron al hombre. Es una historia real.

El mayor French hizo una pausa y respiró hondo.

—De acuerdo, basta ya de estas cosas, si le cuento estas historias es sólo para contrarrestar lo que va a ver y oír este invierno. Va a vivir las consecuencias de todo lo que ha pasado. Son bastante duras. ¿Qué tenemos aquí hoy en día, en Salzburgo? Lo que tenemos es una isla. Imagínese una isla en el centro de Europa, alejada de los frentes de batalla casi hasta el final, algo dañada por las bombas pero tampoco mucho, demasiado lejos para nuestros aviones y con poca cosa que destruir cuando llegaban hasta aquí. En esta isla lo primero que encontramos son los nativos, salzburgueses de pro, los habitantes de la ciudad, comerciantes, médicos, abogados, la administración provincial, el Landeshauptmann, el gobierno civil, las fuerzas policiales, multitud de curas y monjas porque la antigua influencia de la iglesia sigue vigente, doscientas iglesias o algo por el estilo, iglesias y monasterios, sigue habiendo un arzobispo, naturalmente, y en el campo están los granjeros, aquí mismo en lo que llaman el Flachgau, los llanos, alrededor de los lagos y las aldeas del Salzkammergut... St. Gilgen, St. Wolfgang... y todo el río arriba hasta las montañas, el Pinzgau y la Hohe Tauern. No tenemos ningún problema con ellos, salvo cuando intentan esconder su manteca y sus huevos, por supuesto, cuando intentan venderlos en el mercado negro.

»A continuación tenemos miles de alemanes, *volksdeutsche*, como se hacen llamar, expulsados de sus hogares por los checos, los polacos, los rusos y los húngaros; esto ocurrió en Prusia oriental y en Silesia, en partes de Hungría y Polonia, el Banat, los Sudetes y en muchos sitios más. Todos tienen atroces historias que les encanta

compartir con cualquier americano que quiera escucharlas. La mayoría de ellos se alojan con los nativos, todas las casas de la ciudad y todas las granjas del campo albergan a alguna familia forastera. Como cabe esperar se sacan de quicio los unos a los otros, se tiran los trastos a la cabeza y acuden corriendo al Gobierno Militar con toda clase de quejas y denuncias. Los que no encuentran ningún hueco en algún hogar particular tienen que vivir en los campamentos de refugiados... como lo que son, de hecho.

El mayor hizo una pausa para encender otro cigarro.

—Bueno, ya conoce usted a los desplazados... los más patéticos de todos y los que más quebraderos de cabeza nos causan... toda la gente que los nazis echaron de sus casas, prisioneros en los campos de concentración y esclavos en sus fábricas: judíos, por descontado, pero también estonios, letones, lituanos, polacos, checos, yugoslavos, rusos, ucranianos, rumanos, húngaros... personas que no pueden o no quieren volver a casa y están atrapadas aquí, en el limbo. Su esperanza es que algún día se les permita emigrar a los Estados Unidos, a Canadá o a Sudamérica, o a Palestina, en el caso de los judíos... pero mientras tanto se pudren en los campamentos de la UNRRA en los suburbios, malviven como pueden y causan problemas... En fin, ya vio algo de eso el otro día.

Se me había dormido un pie.

El mayor French era abogado. Reconocía ese tono peculiar, esa manera metódica de enumerar los puntos de una discusión, esa manía de buscar siempre la palabra adecuada. Un abogado de casi sesenta años que debía de haber dejado atrás un bonito bufete, o incluso una silla de juez... ¿qué hacía que no estaba en casa?

—De acuerdo, la última oleada de habitantes de la isla: nosotros. —Con las manos en los bolsillos, el cigarro colgando de los labios, empezó a pasearse de un lado para otro de nuevo—. Los ejércitos Tercero y Séptimo llegaron cruzando Baviera, empujando a los alemanes hacia las montañas, mientras que el Quinto vino, por el otro lado, de Italia. Todo terminó en estas montañas; no llegaron a organizar su respuesta alpina, fuimos demasiado rápidos, capturamos cientos de miles de soldados que hubo que separar... alemanes, austriacos, Wehrmacht, SS, jefazos nazis de todo tipo, unidades extranjeras como los rusos de Vlassov... Interrogar, clasificar, intentar averiguar quiénes habían cometido algún delito específico... ardua tarea, pero ya tenemos a los de la Gestapo, la SD, las SS y demás cabrones especiales, los que pudimos encontrar, encerrados en campos especiales, los prisio-

neros de guerra normales están en la calle... entretanto, aquí estamos, el ejército de ocupación. No deja de ser una guarnición grande... demasiado para el dinero que recibo: las tropas de primera línea, ustedes los del XXVII, otras unidades que regresan en su mayoría a Alemania, la policía de montaña, la policía militar para mantener a raya a los demás, las unidades de intendencia para que nadie pase hambre, los ingenieros para que las carreteras sigan abiertas, así como los puentes de pontones sobre el Inn y el Salzach, el cuerpo de señales para que sigan funcionando los teléfonos, los médicos, los del puesto de correos y los de vehículos... en fin, un montón de gente.

»Vale, somos el Gobierno Militar. ¿A qué nos dedicamos? Antes dirigíamos la dichosa ciudad entera, toda la comarca de Salzburgo, pero ya no. Echamos a los nazis, encontramos suficientes personas de confianza, austriacos que estaban limpios, les dimos distintos puestos administrativos: *Landeshauptmann*, *Bürgermeister*, todas las distintas fuerzas policiales, la *Grenzpolizei* en la frontera, la gendarmería en el campo, la policía urbana a la vuelta de la esquina en la *Polizeidirektion*, la *Kriminalpolizei*, etcétera. Las cosas marchan bastante bien, poco a poco estamos construyendo una nueva administración civil capaz de dirigir el país cuando termine la ocupación.

El mayor French rodeó su escritorio, dejó la colilla del cigarro en el cenicero de porcelana y se retrepó en la silla giratoria de cuero.

—Así que, ¿a qué nos dedicamos? Como puede usted ver en esa orden de nuestro irritado coronel, se supone que debemos supervisar todas estas ramas distintas, como el programa de desnazificación... en fin, no tengo ganas de marear esa perdiz. Sea como sea, nuestra sección, mi sección es responsable de los tribunales del gobierno militar aquí. Tenemos jurisdicción sobre los austriacos que violen las regulaciones del gobierno militar, y sobre todos los refugiados. A efectos prácticos, esto significa la mayoría de disputas fronterizas, las infracciones relacionadas con cualquier tipo de armas... es sabido que algunos refugiados han tomado por asalto granjas aisladas... y el mercado negro. También tenemos un tribunal general que se ocupa de los criminales de guerra, en su mayoría policías nazis que dispararon contra nuestros paracaidistas cuando tuvieron que saltar sobre estas montañas, pero esos casos los llevan especialistas. De mí se espera que dirija la sección y haga de juez en los casos comunes y corrientes, con el teniente Pinckney encargado de la fiscalía. También es el oficial de seguridad pública, lo que significa que debe supervisar todas las distintas fuerzas policiales austriacas. De modo que los dos estamos de

trabajo hasta el cuello, y encima ahora quieren que escribamos nuestros informes. —Hizo una pausa—. Pues bien, no tenemos tiempo para escribir informes. Ésa será su tarea. Ya lo he hablado con el coronel Slattery.

Llamaron a la puerta, y la secretaria del mayor asomó la cabeza.

—Con permiso, señor, el doctor Schuster del *Regierungsrat* está esperando...

—Dios, se me había olvidado. —Miró su reloj de pulsera y se abrochó la chaqueta—. Bueno, hijo, lo he entretenido demasiado tiempo, creo que me he dejado llevar. Vivirá usted en la Villa Redl con Pinckney. No se codee demasiado con los demás soldados rasos, ahora trabaja usted en un área especial. Manténgase cerca de Pinckney y de mí, preste atención a lo que hagamos y cumpla las órdenes que le demos. Todos los lunes a primera hora quiero que tenga un informe listo para mí, y otro para él. Cuando les hayamos dado el visto bueno, páselos a máquina y archívelos en el centro de mensajes. Bueno, ya puede retirarse. *Fräulein* Rittmeister, pida un coche a los garajes y dígame que lleven al cabo con sus cosas a la Villa Redl.

El sueño de cualquier soldado. Y sin embargo, al principio, me sentía solo y fuera de lugar. Me había acostumbrado a la frenética y regulada vida en la infantería, donde uno se levantaba por las mañanas y se iba a la cama por las noches al son de silbatos, megáfonos y cornetas, rodeado siempre de maldiciones, empujones, gruñidos, eructos, discusiones, ronquidos, hombres jugando a las cartas, dejándose llevar por la corriente sin pensar, acatando de forma automática simples órdenes, donde el mismo ruido y la falta de intimidad hacían que uno se retrajera en sí mismo, donde no había nada que hacer salvo leer novelas de bolsillo o ver las partidas de dados, o sentarse en manada en los clubes de suboficiales cargados de humo, tomando cerveza y bailando con muchachas desaliñadas cuyas costillas podían palpase a través de la tela de sus vestidos y quienes más tarde podrían hacer el amor, sin quitarse la ropa, en algún sofá de un apartamento helado, con otra pareja en el suelo y un bebé observando desde la cuna.

Ahora vivía en una villa al otro lado de la calle de Mirabell Gardens. Dormía entre sábanas de lino en una inmensa cama de bronce, abrigado con un edredón que parecía una almohada sobredimensionada. Tenía una alfombra persa, un sillón de cuero, una radio-fonógrafo Telefunken, y una estantería llena de libros y discos alemanes. El des-

colorido papel amarillo de las paredes estaba cubierto de elegantes acuarelas de escenas de Salzburgo. La puerta de al lado daba a un gran cuarto de baño de estilo antiguo con el suelo de madera, el lavabo de mármol y un retrete con cadena. En la pared de escayola sobre la bañera esmaltada con patas colgaba un cartel pintado a mano, apenas legible bajo las obscenas anotaciones de bañistas previos:

¡Soldados amerikanos!  
 Por favor, tratad esta Kasa como si fuera  
 Vuestra propia Kasa en Amerika. ¡Gracias!  
 Bienvenidos a la bella Austria.  
 Familia Redl

El chófer austriaco del garaje del gobierno militar, cargado con mi petate, había seguido la escalera enmoquetada en pos del guardés de la casa, bajito y vestido con una chaqueta blanca, hasta la segunda planta y yo, con mi larga gabardina de infantería encima todavía, subí detrás de ellos. En el rellano me giré a tiempo de mirar por una puerta abierta al final del pasillo. Una joven de cabello ambarino, con unos ceñidos pantalones verdes de camuflaje y un sujetador blanco por todo atuendo, me observaba con gesto desdeñoso entre el humo del cigarro que tenía entre los labios. Me dejó echarle un buen vistazo antes de cerrar la puerta de golpe.

—¿Quién era ésa? —le pregunté al *Hausmeister* mientras me enseñaba mi cuarto.

—Ésa era *fräulein Paulsen*, del *Landestheater*. *Fräulein Paulsen* es la prometida del *Oberleutnant Pinckney*. Le traeré el almuerzo en una bandeja.

Pinckney en persona se presentó, llamando a la puerta con los nudillos, justo cuando estaba terminándome el café, un joven oficial de altura y delgadez extremas; el pelo rubio rapado, simpáticos ojos azules y voz serena con acento de Carolina. Todo rodillas y codos, se puso cómodo en la silla de bar de cuero que había en la esquina.

—¿Le ha aleccionado el mayor French sobre la historia de Salzburgo?

—Sí, señor.

—Ya, bueno, no se preocupe. No voy a darle otro sermón. Tan sólo unos pocos, digamos, consejos sobre el mantenimiento de la casa, dado que vamos a compartir la Villa Redl una temporada.

Llamaron otra vez a la puerta, y el guardés de la casa entró con



una bandeja de café. Llenó una taza y se la ofreció a Pinckney, relleno la mía y se retiró en silencio, cerrando la puerta a su espalda.

—Un poco distinto del cuartel, ¿eh?

—Sí, señor.

—Bueno, precisamente eso venía a decirle. Hemos probado un par de soldados en este puesto antes, y no estuvieron a la altura. No pudieron soportar la libertad, la falta de supervisión... y las tentaciones. Usted ha sido seleccionado porque yo no pude ir a esa incursión, el mayor ocupó mi lugar, y se sintió impresionado con usted. Luego recibimos esta condenada orden sobre los informes semanales, así que ésa es su tarea. Lo único que tiene que hacer es no meterse en líos. No venda su ración de tabaco. No se deje ver borracho por la calle ni haga que lo arreste la policía militar. No organice fiestas durante las cuales salgan volando chicas desnudas por las ventanas de esta casa... no se ría, ha pasado ya, y French y yo tuvimos que dar la cara y quedar como dos cretinos en la oficina del capitán preboste. Hemos decidido que nos las podemos apañar de sobra sin ningún soldado raso entre nosotros, pero el mayor opina que usted podría ser diferente. ¿Está claro?

—Sí, señor.

El teniente Pinckney tomó un sorbo de café.

—Bien, las comidas: Heinie, el *Hausmeister*, hace también de cocinero. Su mujer limpia la casa y sirve la mesa. Se desayuna a las siete treinta, el almuerzo es a las doce treinta, la cena a las dieciocho horas. Si no le apetece comer aquí porque está fuera o quiere comer en el casco viejo, en la Cruz Roja o el club de suboficiales, avise. —Se levantó y dejó su taza encima de la bandeja—. He oído que ya ha visto a la señorita Paulsen. A veces está aquí para las comidas, y si lo está, como en mi habitación. Si tiene usted alguna visita, coma en su cuarto. ¿Entendido?

—Sí, señor. —Me levanté a mi vez.

—De acuerdo, deje que coja el abrigo y nos acercaremos al puesto de control fronterizo, a ver qué está haciendo la *Grenzpolizei* esta tarde.

Al principio me sentía como un periodista asignado a cubrir las actividades del mayor French y el teniente Pinckney. Asistía a los juicios o acompañaba a Pinckney en sus inspecciones, y después regresaba a mi pequeño cubículo en la *Residenz*, donde redactaba mis informes en una vieja máquina de escribir alemana. Los lunes por la mañana

reunía todos los partes, le pedía a alguna de las chicas que los reescribiera y se los entregaba a French y Pinckney. Después de la segunda semana los firmaban sin leerlos. Para entonces contaba ya con mi propio coche, un Opel Kadett confiscado, de modo que podía realizar mis propias inspecciones en las comisarías de la policía local, y no pasó mucho tiempo antes de que a los comandantes de estas aldeas limítrofes les pareciera menos complicado llamarme a mí directamente si tenían algún problema.

Hacía un frío espantoso.

En el este de Austria, los ejércitos rusos sobrevivían con lo que les daba la tierra, igual que los franceses en el Tirol. En las zonas británicas y americanas que había entre ellas la UNRRA y otras agencias se esforzaban por paliar la generalizada escasez de alimentos. En los pasos elevados se acumulaban hasta dos metros de nieve. Los trenes de pasajeros se habían cancelado debido a la falta de carbón, a menudo se iba la luz al ponerse el sol, y el *Landestheater* había cerrado sus puertas. Nella Paulsen pasaba todas las noches en la Villa Redl. Los periódicos publicaban conmovedoras cartas de mujeres cuyos maridos seguían prisioneros en Rusia, cuyos hijos pasaban hambre, y quienes no tenían hogar ni esperanzas para el futuro. Casi todas las semanas, los agentes de contraespionaje irrumpían en alguna aldea de las montañas para apresar a algún líder nazi camuflado cuyo escondrijo había sido traicionado por sus vecinos. En el cabaret Oasis, los detectives de la *Kriminalpolizei* y la División Estadounidense de Investigación Criminal detuvieron a dos refugiados ucranianos y a un sargento del hospital de campaña que acababa de venderles doce ampollas de penicilina. Las escuelas estaban cerradas porque no había carbón con que caldearlas. Hordas de chiquillos seguían a los soldados americanos por las calles, mendigando chocolatinas y peleándose por cada colilla arrojada al suelo. La gendarmería de Kufstein aprehendió a una banda de hombres fuertemente armados procedentes de un campamento de refugiados de Salzburgo. A veces, sin previo aviso, un viento cálido y húmedo al que llamaban el *Föhn* subía por los pasos montañosos desde Italia, transformando la nieve en un lodazal resbaladizo.

Yo me dedicaba a redactar informes, a responder preguntas al teléfono, a observar los casos de Pinckney y a dar tumbos por las oscuras calles de adoquines salpicados de lluvia en jeeps policiales

atestados de uniformes mojados y carabinas cargadas: nuevas incursiones en campamentos de refugiados; incursiones en grandes y prósperas granjas del Flachgau, gallinas cacareando por los patios embarrados, vacas mugiendo en sus establos, estiércol, paja y barreños rodando por el suelo, campesinas airadas, escaleras de madera arriba hasta las plantas superiores, bajo las vigas del techo, barreños de manteca y sacos de harina requisados, abatimiento en los ojos de los granjeros; incursiones en sofocantes clubes nocturnos clandestinos, gritos, rayos de luz y registros caracterizados por el mal humor y las disputas, cajas de tabaco y Nescafé y medias de nylon y latas de Spam y ternera en conserva, las chicas trasladadas al hospital en camiones y los minuciosos exámenes en busca de enfermedades venéreas; lo peor de todo eran las ocasionales redadas de la policía militar, estruendo de pasos en el hueco de la escalera de algún edificio en plena noche, derribar una puerta tan sólo para descubrir a una pareja aterrada en la cama, una mujer desaliñada y un soldado ausente sin permiso del antiguo XXVII, ebrio y desconcertado, y la mujer empezaba a gritar, los niños empezaban a llorar, el soldado se vestía en silencio y nos lo llevábamos al calabozo; y a veces, en las negras horas antes del amanecer, cuando colgaba la funda del casco, el anorak goteante y el pesado cuarenta y cinco, podía oír el crujir de muelles de una cama, y a Nella Paulsen gimiendo en la oscuridad.